

Wolfgang STREECK, *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, trad. Gabriel Barpal, Buenos Aires-Madrid, Capital Intelectual-Katz editores, 2016, 222 págs.

En su célebre revisión del marxismo occidental, Perry Anderson afirmó que esa corriente había abandonado la praxis tras la Segunda Guerra Mundial y se había volcado hacia la filosofía y la estética como reacción a una derrota histórica. La teoría crítica era un caso ejemplar de este itinerario que condujo a una división de esferas de competencia. Más tarde, Fredric Jameson observó que en los análisis marxistas de los fundamentos ideológicos se solían abordar de manera más integral a las sociedades precapitalistas que a las modernas, en las que se dejaban de lado aspectos importantes como la religión o el capital. Éste, según su famosa tesis sobre la posmodernidad, se había vuelto coextensivo con el llamado campo cultural, cuando no su factor determinante, puesto que la posmodernidad era la expresión de la mercantilización global.

La teoría, incluso aquella radical, se había sometido a la división del trabajo y se concentraba en dimensiones cada vez más fragmentarias y a menudo recurría a lenguajes privados para dar cuenta de ellas, por no hablar ya de incidir en la praxis. Contra esta tendencia universitaria a la especialización, Jameson elevó una reivindicación dialéctica situada más allá de los programas interdisciplinarios que intentaron reparar la totalidad perdida del conocimiento. Esos programas actuaron en vano, asegura, puesto que no lograron desbordar las reificaciones académicas.

A menudo los marxistas prolongan la línea de los profesores burgueses, comentó Jameson, y se muestran incapaces de resistir la compartimentación. Economía y crítica cultural son vertientes particularmente vivas del marxismo contemporáneo, dos polos “mellizos pero distantes” puesto que los economistas ignoran los aspectos culturales, así como los analistas culturales le dan la espalda a la economía. Se hacía preciso reconstruir lo que Jameson denomina un “mapeo cognitivo” para superar las deficiencias de esas miradas sesgadas. Con este plan pretendía reflotar la lección de la teoría crítica para la cual el capitalismo tardío ha conquistado todos los espacios y derogó cualquier pretensión de afirmar la autonomía de la cultura, algo que se mantenía como un desafío de cumplimiento improbable pero esencial.

No se podría afirmar que en *Comprando tiempo* Streeck colme el vacío entre economía política y crítica filosófica o cultural, esas “dos culturas” (por citar el título de un polémico ensayo de C. P. Snow de fines de los años 1950) que parecen desconectadas en el pensamiento radical de la actualidad. Con todo, el libro tiene el

mérito de aludir al problema en sus primeras páginas, algo nada menor dado el contexto. Streeck asistió como estudiante a algunos cursos de Adorno y su libro reescribe sus Conferencias Adorno de 2012. En palabras del autor, el ensayo aborda “la crisis financiera y fiscal del capitalismo democrático contemporáneo a la luz de las teorías de la crisis de la Escuela de Frankfurt de los tardíos 1960 y tempranos 1970”. A decir verdad, lo que Streeck se propone desde una mirada “macrosociológica” o económico-política es relevar, al menos *en passant*, el estado de la teoría del capitalismo que manejaba la teoría crítica cuando sus fundadores todavía vivían y sus seguidores comenzaban a intervenir en las discusiones públicas. Pero fue precisamente en ese cambio de década cuando se produjo una alteración fundamental en el capitalismo que la teoría crítica no alcanzó a registrar porque continuaba atada a visiones elaboradas tras la Segunda Guerra Mundial o incluso anteriores.

Desde comienzos de los años 1970 tuvo lugar una creciente “financiarización” del régimen de acumulación del capital que no hizo sino acelerarse a finales de esos años con el ascenso al poder de líderes neoliberales como Thatcher y Reagan quienes lanzaron una ofensiva frontal contra los sindicatos. El capital abandonaba progresivamente la economía mixta vigente desde la posguerra. A este modelo habría quedado atada la perspectiva de la teoría crítica, en la que el papel de los bancos y los mercados financieros –hoy del todo evidentes– simplemente “no figuran”.

El experto económico del *Institut für Sozialforschung*, Friedrich Pollock (fallecido en 1970), sostenía que el capitalismo se hallaba bajo planificación estatal y eso obligaba a pensarlo más allá de las leyes del mercado. Como la dominación se había vuelto política la mediación económica resultó marginada del análisis; los problemas del capitalismo ya no se buscaban en la esfera de la producción dado que se manifestaban de manera eminente en el ámbito de la legitimación. En consecuencia, las investigaciones se concentraron en asuntos tales como la teoría de la democracia, la del Estado o la de la comunicación. Dejaron de lado a la economía política en nombre de la crítica a la mercantilización de la vida, el consumismo y el “bienestar en la alienación”. La caracterización del rol del capital que manejaba la teoría crítica, afirma Streeck, posiblemente le debía más a Weber que a Marx.

Para ser justos, el paso del “capitalismo de Estado” que aseguró la *pax* económica de los dorados años de la posguerra a la cada vez más plena vigencia de los mercados autorregulados no fue anticipado por ninguna teoría, si bien había sido

intensamente deseado por los hasta entonces periféricos economistas del monetarismo. Dicho paso implicó que el Estado quebró el pacto por el que asumía la responsabilidad de mantener el pleno empleo, la cohesión y las seguridades sociales y el crecimiento económico. Los ciudadanos comenzaron a quedar librados a su suerte; se volvieron enteramente responsables de su destino social cuyo único horizonte existencial pasó a ser la integración al cada vez más absorbente mundo del consumo. Pero este proceso demandó tiempo y provocó crisis generales, como la del precio del petróleo en la primera mitad de la década de 1970 o los picos de inflación de la segunda que erosionaron los aumentos salariales.

Todos estos comentarios revisten indudable interés para cualquier aproximación al pasado (o al presente) de la teoría crítica en cuya plataforma intelectual se ubica Streeck. Sin embargo, *Comprando tiempo* no tiene como objeto principal una revisión de las concepciones económicas –explícitas o implícitas– de la Escuela de Frankfurt. Se trata más bien de una contribución al análisis económico de la actualidad, sobre todo europea, y de sus reverberaciones políticas basado en una revisión histórica de la gran transformación que se produjo tras la liberalización de los mercados a nivel global y del enorme impacto que significó para la vida democrática.

El punto en el que desemboca este repaso es la actual crisis financiera y fiscal del capitalismo contemporáneo que no encuentra resolución y todo lo que hace es “comprar tiempo” a través de enormes desembolsos que solo agravan la situación, tanto la económica como la política. Porque, como escribe el autor, también “el reloj está corriendo para la democracia tal como la hemos conocido, en tanto ha sido esterilizada como democracia redistributiva de masas y reducida a una combinación de Estado de derecho y entretenimiento público”. La actual crisis de legitimación, comenta Streeck, se diferencia de aquella conceptualizada a partir de los años 1960 puesto que hoy no parece incluir la aspiración de trascender el sistema, como se creía entonces, y en cambio se limita a difundir un descontento de impredecibles consecuencias. Al tiempo que se acrecienta la desigualdad de ingresos y patrimonio en todas partes, baja la tasa de participación electoral. Si en los años 1960 esto se entendía como un síntoma de satisfacción con el estado de cosas, hoy constituye una manifestación de desconfianza o de resignación, sobre todo de parte de los más desapropiados para quienes el voto “no hace ninguna diferencia” y con ello se refuerza la hegemonía neoliberal. Las expectativas de cambio se reducen a cero, y no sólo entre los marginados.

En el plano económico se asiste a una crisis triple, agudizada y sin solución a la vista desde hace casi una década: crisis bancaria, crisis fiscal y crisis en la economía real. Esta última sufre por la falta de inversión y provoca desempleo y bajo crecimiento. Se propagaba la idea de que con las rebajas impositivas volvería la inversión, pero en realidad ello derivó primero en el endeudamiento de los Estados y, como éstos desmantelaban sus servicios sociales, el segundo efecto fue que para mantener su nivel de vida los ciudadanos comenzaron a contraer préstamos que les aportaba “dinero mágico”.

Desde 2008 ambos procesos se han combinado al punto en que se difuminó la diferencia entre dinero público y privado: los Estados se hicieron cargo de quebrantos bancarios sin que los contribuyentes privados levantaran sus propias deudas. Todo esto agravó la ya profunda crisis fiscal de los Estados y, por supuesto, expandió la crisis social a todo nivel. Aunque no haya perspectivas de superación del estancamiento en el que está sumida la economía mundial –la respuesta alemana para Europa es una “austeridad” que solo profundiza la recesión– para Streeck resulta palmario que cualquier salida dependerá de una revisión de las relaciones entre economía y política. ¿Llegará a tiempo esta reformulación?

En las últimas décadas se asistió a una despolitización de la economía que perforó las fronteras de los Estados nacionales. Estos se vieron sometidos a una diplomacia económica internacional que impuso un dominio financiero a espaldas de cualquier control democrático. En Europa la burocracia de Bruselas se convirtió, según Streeck, en una máquina de liberalizar economías las cuales, sin embargo, debieron ser rescatadas con medidas estatales cuando se enfrentaron al colapso. La paradoja del neoliberalismo es que, *in extremis*, se vuelve keynesiano. A pesar de sus dogmas antiestatalistas y su retórica antipolítica, el neoliberalismo precisa de un Estado fuerte para contener las demandas sociales y “corregir” los desastres que genera. Esto desmiente la confianza ciega en la “justicia de mercado”, cuya impersonalidad garantizaría transparencia y equidad, frente a la “justicia social” manejada por unos políticos acusados de provocar irresponsables y permanentes déficits por no hablar de sus manejos corruptos. La esfera pública se reduce, en esta visión, a una viciosa combinación de ambiciones individuales y especulaciones electoralistas.

El problema del Estado no reside, para Streeck, en su nivel de gasto sino en su menguante recaudación impositiva animada por la convicción de que cuanto menos pese en las ganancias privadas más dinamismo cobrará la economía. Lejos

de conseguir este resultado, lo que sucedió fue que el Estado fiscal se convirtió en el Estado deudor (fase previa al endeudamiento generalizado de los ciudadanos), y a pesar de la privatización de los servicios que antes prestaba gratuitamente y contribuían a galvanizar la alianza entre la población y el sistema político. El pasaje de un gobierno “duro” a uno “blando” derivó en un “fracaso real de las democracias” y dejó abierta la cuestión de la compatibilidad de éstas con el capitalismo, antes descontada como lo más natural de la historia.

El gobierno representativo y protector fue desplazado por una burocracia de acreedores del fisco y de los ciudadanos. En la terminología del autor, el Estado sostenido por los votantes y legitimado por éstos –el *Staatsvolk*– se transformó en un *Marktvolk*, puesto que ahora su funcionamiento y su misma existencia dependen de la confianza que los acreedores internacionales depositen en el gobierno que lo dirige. Esto implica la privatización de la democracia en todos los sentidos de la palabra *privado*: los acreedores –grandes fondos de inversiones anónimos– se constituyeron en una especie de “segundo pueblo”, el pueblo del mercado, el que en realidad cuenta. El deber de pagar suplanta el deber estatal de proteger. El autor profundiza estas líneas de análisis en su libro más reciente, *How will Capitalism End?* en el que las antinomias del capitalismo y la democracia se exponen de manera todavía más abierta.

La democracia bien entendida –por hablar con Tocqueville, una fuente adorniana poco relevada– interfiere necesariamente con estas evoluciones (o involuciones) porque no se deja despolitizar ni someter a una economía de prestamistas que vacían el bien común representado por el Estado recaudador y protector. El Estado convertido en consolidador de su propia deuda se vuelve un enemigo del pueblo. A su déficit democrático le suma el abandono social. En Europa la burocracia de Bruselas asumió un rol disciplinador aplicando la misma medicina para cualquier economía bajo su esfera de influencia, inmune a toda reivindicación política popular. Los Estados se someten a este mando “liberalizador” con la vana esperanza de complacer a los prestamistas y obtener de ellos renovada confianza en forma de créditos que refinancian su perpetua deuda. Los rentistas, organizados en estamentos gubernamentales supranacionales independientes (como es el caso de la Unión Europea), se constituyen en adversarios directos de los pensionados y los empleados públicos. Exigen reformas presupuestarias e incluso constitucionales. El objetivo es siempre el mismo: reducir o eliminar el derroche que significan las políticas sociales y los gastos improductivos en salud, educación e infraestructura, áreas en

las que en realidad habría que hacer negocios. Hasta los años 1990 las democracias del sur de Europa –Grecia, España y Portugal– recibían aportes de la Europa del norte para modernizarse a cambio de que abandonaran sus quimeras eurocomunistas. Una vez desaparecidas éstas, caído el Muro de Berlín y con esos países ya integrados en la OTAN, el flujo de dinero comenzó a cambiar de dirección.

Entre la democracia y el mercado se erigió un muro cortafuegos (o *firewall*, en la jerga informática); la presión popular implica solamente una molestia que debe ser neutralizada para que el mercado funcione y se logra este objetivo a través de la política como mero espectáculo. La clásica visión de la industria cultural olvidó incluir a la esfera pública en su jurisdicción. El debate democrático se volvió parte de su fábrica de sueños y del adiestramiento para la resignación y la productividad. De hecho, el debate no contribuyó en la mitigación, por no hablar de la anticipación, de la hecatombe económica; su agenda es periodística, escandalosa, insustancial y monotemática. Está absorbida por el problema de suprimir toda resistencia al libre mercado, esto es, regulaciones, sindicatos, protecciones de cualquier tipo. La clase política, suficientemente desprestigiada, debe protagonizar la comedia mientras el poder real queda en manos de “expertos” devotos de las cuatro c: competencia, creatividad, comoditización y crédito.

La Unión Europea se convirtió en la síntesis de una alianza entre los sindicatos alemanes y la industria exportadora del país que se asegura un superávit. Dicha síntesis se constata en la gran coalición gobernante y su interpretación de “la idea de Europa” como unión monetaria que impide devaluaciones competitivas y orientaciones soberanas de los diferentes Estados súbditos. El lema de la canciller Merkel es que “si fracasa el euro, fracasa Europa”. La devaluación sólo puede ser social, no monetaria. Bajan los salarios, se flexibilizan los contratos y sube la desocupación mientras se mantiene la paridad nominal. El fetichismo de la mercancía muta en fetichismo de la moneda; solo ella es vivaz, los ciudadanos descienden a la categoría de comparsa inanimada de la industria financiera. No se trata de cambiar apenas el rumbo de la economía, la ambición del proyecto alcanza proporciones antropológicas. El hombre unidimensional se conjuga en el euro.

Las protestas sociales encapsuladas en la cifra 1968 tenían menos motivos reales que el sufrimiento generalizado que marcó el inicio del siglo XXI, arguye Streeck. Toda resistencia se cataloga ahora como “populista” y se acepta pasivamente que bancos centrales e instituciones globales dominen la escena política imponiendo condiciones nunca convalidadas democráticamente. El débil crecimiento economi-

co mundial se respalda en el endeudamiento masivo. La austeridad impuesta por los poderes centrales en nombre de combatir una pavorosa inflación (de traumática memoria alemana) divide los caminos de la economía y la democracia. La primera considera un estorbo a la segunda.

Además de encarar políticamente un asunto de gran actualidad, *Comprando tiempo* posee un relieve peculiar desde un punto de vista metodológico porque señala un regreso de la teoría crítica a la indagación fáctica. Streeck no se respalda en la pura especulación, sino que ofrece evidencias. Construye cuadros, elabora estadísticas, indaga en bases de datos internacionales. La teoría crítica polemizó con el positivismo, pero ello no la llevó a negar la importancia de la investigación empírica que en un período practicó ampliamente. Esa tradición se interrumpió. La teoría crítica se volvió solo teórica, sin contacto con la exploración “dura” sobre las realidades que estudiaba. En otras palabras, no sólo se alejó de la praxis en la posguerra y luego de la economía, sino que también le vuelve la espalda a la sociología y a la construcción de datos sobre la realidad.

Como sea, la economía mundial, asegura Streeck, se halla embarcada en una gran *fuite en avant*. ¿Cuál sería la dirección correcta? *Comprando tiempo* sugiere que el margen de tiempo en oferta es escaso. La próxima crisis está a la vuelta de la esquina. Para Europa, el abandono de la unión monetaria sería una solución porque permitiría recuperar posiciones a través de devaluaciones soberanas, algo que Alemania y sus prósperos socios del norte buscan impedir por todos los medios. Esa unión fue un “error político” porque menospreció la heterogénea realidad económica del continente y suprimió la soberanía nacional sobre las economías subordinándolas todas a un puesto de control central. Esto fue posible gracias a un entendimiento entre las clases prósperas del sur y los capitalistas exportadores del norte de Europa. Pero nadie se imagina hoy una economía post-euro.

Streeck propone una doble moneda: nacional y continental. Sin soberanía monetaria los diferentes Estados pierden su significación, como así también sus democracias. El euro es un monstruoso proyecto a favor de los ricos que reduce a nada el papel de las instituciones nacionales como los parlamentos. Es la consumación del plan neoliberal para acabar con las democracias. Un regreso a la escala nacional sería deseable y beneficioso. La propuesta de Habermas, cuyas esperanzas se depositan en una democracia posnacional, ignora los problemas del capitalismo, del dominio alemán sobre el mercado europeo –es decir, sobre “la idea de Europa”–y

sobre los estragos sociales que multiplican sus imposiciones. Menos Europa sería más Europa. El dilema es si estamos a tiempo para seguir comprando tiempo.

José Fernández Vega  
[josefer@gmail.com](mailto:josefer@gmail.com)